LIBRO dot.com

EN EL CERRO FAMATINA

JOAQUÍN VÍCTOR GONZÁLEZ



Digitalizado por LIBRO dot.com
http://www.librodot.com

EN EL CERRO FAMATINA

UNA EVOCACIÓN DE

JOAQUÍN V. GONZÁLEZ

Permítaseme la evocación de un recuerdo personal... Yo he presenciado una escena que ha quedado estereotipada en mi cerebro, y que como un manantial inagotable, alimenta mi imaginación y mantiene siempre viva esa facultad engendradora de toda poesía: la admiración de la naturaleza. Había atravesado la desolada llanura que ha inmortalizado a Facundo, y que dio vida a muchos otros tigres humanos; ascendí a la montaña que anuncia a la cordillera madre, y que se levanta al occidente de la triste Rioja para consolarla de las amenazas del desierto. Al lento paso de una mula que nos enseña a dominar el vértigo de los grandes abismos, las sorpresas de paisajes tan variados como súbitos sostenían mis fuerzas y preparaban mi espíritu para la magna impresión de las cumbres.

No veía el sol que ya descendía; caminaba envuelto en esa media luz de las tardes, fecunda en emociones y en ideas: la sombra preparaba mi retina para la visión plena que me esperaba en lo alto. De súbito mi vista se ofusca. Mi corazón se agita desordenado, mi cerebro se alucina, mi respiración se suspende, mis pulmones, dando repentina salida a un volcán de aire comprimido, se desahogan en un grito supremo que condensaba la admiración de todas mis facultades: a lo lejos, sobre el nivel que yo ocupaba, vi como una explosión de luz blanca e irisada, las cumbres del Famatina, vestidas de nieve secular; y el sol suspendido sobre ellas como una diadema gigantesca, parecía detenerse un instante para ser admirado en la plenitud de su poder. Desde allí enviaba en haces de luz refractada por el cristal de la cima su despedida solemne a los valles inclinados que cuelgan del coloso como los velos de un templo, dibujados de flores e imitando el firmamento azul, porque la distancia y las emanaciones de la tarde presentan los paisajes medio velados por una niebla azulada. Se diría que es el incienso sagrado que la admiración de la naturaleza quemaba en las aras de aquel portentoso santuario de la poesía, y que el sol es el dios que se encierra en su inmenso cáliz de nieve.

Quedé rendido por la fatiga del espíritu. Nunca había contemplado ese cuadro, aunque mi niñez transcurrió en esos valles y en presencia de ese mismo monumento de los siglos: pero una larga ausencia de mi suelo nativo me había transformado, y mi corazón hambriento de emociones, no pudo resistir sin desfallecimiento a la súbita aparición de aquel valle y de aquella montaña, a cuyo pie

transcurrieron los más bellos días de mi vida, y en donde las más sangrientas tragedias forjadas por el odio de los hombres, habían enlutado los hogares y repleto de cadáveres sus rústicos y humildes cementerios.

El cielo estaba limpio, y su azul comenzaba a iluminarse con las claridades precursoras de la luna. Mi cerebro no descansaba, porque al deslumbrante fenómeno del día expirante, comenzaban a suceder las apacibles y silenciosas escenas de la noche siempre bella, siempre amiga, siempre llena de misterios y de encantos. Comenzaron a hablarme en su lenguaje armonioso todos los gritos, los cantos, los rumores, los aleteos y los lamentos de cuantos seres viven del aliento de la sombra. Mi memoria volaba por el pasado evocando un recuerdo en cada accidente del valle, que divisaba desde lo alto de la cumbre, merced a la luna que desgarraba las tinieblas; y así, lentamente, los pensamientos se convirtieron en sueños cuando mis ojos se cerraron al peso de la fatiga del cuerpo y del alma.

Pero me esperaban aquella noche otra sorpresa y otro sacudimiento tan profundos como los del día. Me despertó de mi sueño un estampido sordo e intermitente que parecía venir del fondo de las montanas, que temblaban como si fueran a desquiciarse; abrí los ojos y vi la luna siempre radiante en el zenit, la cumbre nevada del Famatina brillar a lo lejos como un astro inmóvil, pero había una especie de polvo luminoso interpuesto entre mi vista y el firmamento; corrí a la cima de una roca que dominaba el horizonte, y desde donde la pendiente era casi perpendicular; desde allí, petrificado por el espanto, la admiración y el estupor, fui testigo del drama más grandioso de la naturaleza que es dado contemplar a los hombres.

A mis pies, en las profundas cavidades que los cerros dejan entre sí, una tormenta desencadenada hervía en el seno de los abismos; las nubes apiñadas en estrechos recintos, encendidas por los relámpagos con intermitencias febriles, parecían una olla inmensa de metal candente que ardiera con explosiones infernales. En el cielo la luna, las estrellas y las cimas nevadas nos ofrecen un tesoro de fantasías y de sueños tranquilos, y en el fondo de las montañas reina el horror de los elementos enfurecidos. El contraste os agobia, porque todas vuestras facultades luchan como lucha el viento con el granito. Al día siguiente a la salida del sol, volví instintivamente a mirar aquel abismo. El cuadro era distinto, pero igualmente hermoso: una extensa bóveda de nubes blancas se dilataba sobre los cerros menores y sobre los valles, como un océano congelado en el momento de la marca.